

cas vírgenes que cantan el himeneo»; en suma: toda la guardarropía del Paraíso. Notad los golpes de bombo, los grandes recursos; se llama así todo lo que dice un personaje que quiere delirar y no delira; por ejemplo: hablar á las peñas y á paredes, suplicar á Abelardo ausente que vaya, figurarse que está presente, apostrofar á la gracia, á la virtud, á «la fresca esperanza, hija risueña del cielo, y á la fe, nuestra inmortalidad anticipada»; oír hablar á los muertos, decir á los ángeles que preparen «sus enramadas de rosas, sus palmas celestes y sus flores inmarcesibles». Esta es la sinfonía final con modulaciones del órgano celeste; supongo que, al escucharla, Alberto exclamaría «¡bravo!»

Pero esto no es nada al lado del arte que despliega en cada frase mirada en pormenor. Pone adornos en todas las líneas. Figuraos: un cantante italiano que hiciese un trino en cada palabra. ¡Preciosos sonidos! ¡Qué picados tan ágiles ó qué notas tan redondamente filadas, y siempre tan exquisitas! Imposible reproducirlas aquí con una lengua extraña. Ya es una imagen feliz que resume una frase entera; ya una serie de versos donde van alineándose las oposiciones simétricas; ora dos palabras comunes que ponen de relieve un extraño maridaje; ora un ritmo imitativo que completa la impresión de la mente con la emoción de los sentidos; bien las comparaciones más elegantes, los epítetos más pintorescos, y, en fin, el estilo más ajustado y adornado. Salvo la verdad, nada falta. Aquello es peor que una cantante; es un autor; mira uno al respaldo para ver si no ha escrito: «Original preparado. Mándese á la imprenta.»

Pope dió en alguna parte la receta con que se puede hacer un poema épico: tómese una tempestad, un sueño, cinco ó seis batallas, tres sacrificios, solemnidades

fúnebres, una docena de dioses en dos compartimientos y revuélvase todo hasta que se vea brotar la espuma del estilo elevado. Se acaba de ver la receta con que puede componerse una epístola amorosa. Esa especie de poesía se asemeja á la cocina; no se necesita corazón ni genio para aderezarla, sino mano ligera, ojo atento y un gusto ejercitado.

## III

Parece que un talento de este linaje está hecho para los versos de sociedad. Es artificioso, y las costumbres de sociedad son artificiosas. Decir galanterías, bromear con las damas, hablarlas elegantemente de su chocolate ó de su abanico, burlarse de los tontos, juzgar la última tragedia, manejar la lisonja ó el epigrama, parece que es el empleo natural de un espíritu como este, poco apasionado, muy vanidoso, consumado maestro en punto á estilo, y que cuida sus versos como un petimetre su ropa. Pope escribió *El Robo del rizo* y *La Estulticiada*; sus contemporáneos se extasiaron con la gracia de su humorismo y la oportunidad de sus burlas, y creyeron que había superado al *Facistol* y á las *Sátiras* de Boileau.

Bien puede ser; en todo caso, el elogio no sería gran cosa. Hay ordinariamente dos clases de versos en Boileau, decía un espíritu perspicaz (1): los más numerosos, que parecen de un buen alumno de tercera; los menos numerosos, que parecen de un buen alumno de retórica. Pope tenía, sin duda, un mecanismo más bri-

(1) M. Guillermo Guizot.

llante y más ágil; pero esa habilidad de mano no basta para hacer un poeta, ni aun un poeta de gabinete; se necesitan pasiones verdaderas, ó por lo menos, verdaderos gustos. Cuando se quiere pintar las lindas nimiedades de la conversación y de la sociedad, menester es, ante todo, interesarse por ellas. No se pinta bien más que lo que interesa. ¿No hay gracias encantadoras en la charla y en la frivolidad de una mujer bonita? Pintores como Watteau se han pasado la vida deleitándose con esas gracias. Una mano que arregla un rizo, un lindo brazo que sale de una ola de encajes, la fina sonrisa entre seductora y burlona de una boca picaresca: no se necesita más para cautivar á un artista. Ciertamente será sensible al adorno, lo será tanto como la dama misma, y no la reprenderá nunca por pasarse tres horas al espejo: hay poesía en la elegancia. El artista goza de ella como de un cuadro; goza de los refinamientos de la vida social, de las grandes líneas tranquilas de ese alto salón artesonado, del dulce reflejo de los largos espejos y de las porcelanas relucientes, de la tranquila alegría de los Amorcillos esculpados que están besándose sobre la chimenea, del sonido argentino de las voces que en torno de la mesa del te gorjean murmuraciones. Pope apenas goza de eso; no deja de ser satírico é inglés en medio de ese lujo atractivo importado de Francia. Con ser el más refinado de esos poetas, no lo es bastante; la sociedad que le rodea no lo es más. Lady Wortley Montague, á quien se compara con Mme. de Sevigné, es mujer de espíritu tan serio, de estilo tan resuelto, de juicio tan preciso y de sarcasmo tan acre, que se la tomaría por un hombre. En resumen: los ingleses, sin exceptuar á lord Chesterfield y á Horacio Walpole, no han cogido nunca el verdadero tono de los salones. Pope es como

ellos; su voz desentona, y de pronto se hace acerbo. A cada instante una burla dura borra las graciosas imágenes que empezaba á evocar. Tómese el conjunto del poema: es una bufonada en estilo noble. Lord Petre corta un rizo del cabello de una beldad, mistress Arabela Fermor; se trata de hacer de eso una epopeya, con las invocaciones, los apóstrofes, la intervención de los seres sobrenaturales y demás artificios poéticos. La solemnidad del estilo contrasta con la pequeñez del asunto; se ríe uno de aquellos enredos como de una contienda de insectos. Siempre ha ocurrido lo propio en ese país: cuando los ingleses representan la vida elegante, es con una complacencia exterior y formalista; en el fondo de su admiración hay menosprecio. Sus alabanzas ocultan una restricción mental; observando detenidamente, se ve que miran á una beldad engalanada como una muñeca, buena para divertir á la gente una media hora con sus oropeles. Pope dedica su poema á mistress Arabella Fermor con toda clase de reverencias; la verdad es que no es galante; una francesa le hubiese devuelto su libro aconsejándole que aprendiese á vivir; por un elogio de su belleza hubiera encontrado diez sarcasmos contra su frivolidad. ¿Es que es muy agradable oír decir: «Tenéis los ojos más bellos del mundo, pero vivís de insulseces»? Sin embargo, á eso se reduce todo su homenaje. Su énfasis encomiástico, su declaración de que el rizo se halla en el cielo entre las estrellas, todo su aparato de frases no es más que una afectación de galantería que deja traslucir la falta de delicadeza y la rudeza. «¿Perder la dama en el baile su corazón ó su collar? ¿Manchará su honor ó su vestido?» No hay un francés del siglo XVIII que hubiese imaginado semejante fineza. A lo sumo, hubiese soltado esa grosería el oso de Rousseau, anti-

guo lacayo y moralista ginebrino. En Inglaterra no parecía demasiado ruda. A mistress Arabela Fermor le agradó tanto el poema, que repartió ejemplares. Evidentemente no era difícil de contentar: es que había oído mucho del mismo juez. Si se lee en Swift la copia literal de una conversación de tono, se verá que una mujer de tono en aquel tiempo podía sufrir muchas cosas sin enfadarse.

Pero lo más singular es que esas gracias, para nosotros al menos, no tienen nada de graciosas. Nada más lejos de allí que la ligereza y la alegría. Dorat y Gresset se hubieran quedado estupefactos y se hubiesen hecho cruces. A nosotros nos dejan fríos los éxitos más brillantes de esa vena festiva. A lo más, alguna que otra vez nos despierta un buen latigazo; pero eso no es para reír. Tales caricaturas nos parecen extrañas, pero no nos divierten. Ese ingenio no es ingenio; todo es allí calculado, combinado, preparado artificialmente; se espera una explosión de relámpagos, y en el último instante marra el artificio. Por ejemplo: sir Petre, queriendo hacerse propicios a los dioses, «levanta un altar al Amor con doce voluminosas novelas francesas de canto dorado, pone encima tres ligas, medio par de guantes y todos los trofeos de sus antiguos amores; después prende fuego con un tierno billete y añade tres suspiros amorosos para atizar la llama». Nosotros nos quedamos desencantados, sin comprender qué tiene de cómica esa descripción. Proseguimos por conciencia, y en la pintura de la Melancolía y de su palacio encontramos figuras mucho más extrañas: «un jarro que suspira, una empanada de ganso que habla, hombres que, bajo el imperio de la imaginación, se creen con dolores de parto, muchachas que se figuran convertidas en bo-

tellas y piden á gritos un tapón.» Nosotros nos decimos entonces que estamos en China, que á tan gran distancia de París y de Voltaire no hay que asombrarse de nada, que esa gente tiene otros oídos que los nuestros, y que en Pekín un mandarín saborea con deleite un concierto de calderos. Comprendemos, en fin, que, aun en esa edad correcta y en esa poesía artificial, subsiste la antigua imaginación; que esa imaginación se alimenta, como en otro tiempo, de rarezas y de contrastes; que el gusto, á pesar de todos los cultivos, no logrará jamás aclimatarse en ella; que las incongruencias, en vez de extrañarla, la regocijan; que es insensible á nuestras dulzuras y finuras; que necesita ver pasar delante de sí una serie de figuras expresivas, inesperadas y gesticulantes; que prefiere ese rudo carnaval á nuestras delicadas insinuaciones; que Pope es de su país, á despecho de su finura clásica y de sus elegancias rebuscadas, y que su fantasía, desagradable y vigorosa, es pariente de la de Swift.

Ahora estamos preparados y podemos entrar en su segundo poema: *La Estulticiada*; hace falta mucho imperio sobre sí para no tirar lejos esa obra maestra por insulsa y hasta repulsiva. Rara vez se ha gastado más talento en producir más hastío. Pope quiere vengarse de sus enemigos literarios y canta la Estolidez, augusta diosa de la literatura, «hija del Caos y de la Noche eterna, tosca como su padre, grave como su madre», reina de los autores famélicos, y que elige á Teobaldo por hijo y favorito. Hele ahí rey, y para celebrar su advenimiento, la diosa instituye juegos á la antigua usanza: en primer lugar, la carrera de los librereros que se disputan la posesión de un poeta; después, el combate de los escritores que gritan y saltan

por el cieno á quien más puede; en fin, la lucha de los críticos que deben aguantar sin dormirse la lectura de dos infolio. Extrañas parodias, ¿no es verdad?, y ciertamente bien poco llamativas. ¿A quién no le han machacado los oídos esas alegorías gastadas, el tedio, las adormideras, las nieblas y el sueño? ¿Qué sería si yo entrase en los pormenores; si describiese á la poetisa ofrecida en premio, «con sus ojos de buey y sus tetas de vaca»; si contase los saltos de los poetas que se enfangan en Fleet-Ditch, el más innoble albañal de la ciudad; si tradujese hasta el fin los versos extraordinarios en que «las ninfas del fango, cautivadas por el aspecto del buzo, le atraen á su corazón, en que la joven Lutetia, más suave que el plumón, Nigrina la negra, y... se disputan el amor en los palacios de azabache?» Hay que detenerse; algunos pasajes, como, por ejemplo, la caída de Curlo, parece que sólo hubiera podido escribirlos Swift, y todavía en Swift se disculparían: el extremo de la desesperación, la furia de la misantropía, los amagos de locura pudieron llevarle á tales excesos. ¡Pero Pope, que vive tranquilo y admirado en su quinta, y que no es movido más que por rencores literarios! ¡Eso es no tener nervios! ¿Cómo un poeta, deliberadamente, ha podido arrastrar su talento entre tales imágenes y encerrar en sus versos, tan ingeniosamente forjados, semejantes inmundicias? Figurémonos una linda canastilla de salón, que no debería contener más que flores, y que se envía á la cocina para convertirla en cesto de basura. En efecto; toda la basura de la vida literaria está allí; ¡y Dios sabe lo que era entonces esa vida! En ningún siglo fué la bohemia tan mísera ni más vil: pobres diablos como Ricardo Savage, que se acostaba al raso en invierno, vivía de una dedicatoria, conocía

la cárcel, comía rara vez y bebía á costa de sus amigos; folletistas, como Tuchtin, con la espalda desollada por los zurriagazos; falsarios, como Ward, expuestos en la picota y apedreados con huevos y patatas podridas; cortesanas, como Elisa Heywood, célebres por el descaro de sus confesiones públicas; periodistas vendidos, difamadores asalariados, traficantes de escándalos é injurias, semi-rateros, completos perdidos, y toda esa miseria literaria que frecuentaba los garitos, las casas de rameras, los despachos de ginebra, y, á una señal de un librero, mordía á las personas honradas por un escudo. Esas villanías, las camisas sucias, la ropa grasienta, cayéndose de vieja, el *pudding* rancio y todas las demás cosas por el estilo aparecen en Pope, como en Hogarth, con una precisión y una crudeza inglesas. He ahí su defecto: son realistas, aun con la peluca clásica; no disfrazan lo feo y lo innoble; los marcan con sus contornos exactos y sus aristas agudas; no los envuelven en el bello manto de las ideas generales; no los encubren bajo las encantadoras insinuaciones de sociedad. Por eso son tan rudas sus sátiras. Pope no fustiga á los tontos; los aplasta. Su poema es verdaderamente duro y avieso; lo es tanto, que raya en lo torpe: para aumentar el suplicio de los imbéciles, se remonta al diluvio, escribe trozos de historia, representa extensamente el reinado pasado, presente y futuro de la estupidez, la biblioteca de Alejandría quemada por Omar, las letras extinguidas por la invasión de los bárbaros y por la superstición de la Edad Media, el imperio de la sandez que se extiende y va á invadir á Inglaterra. ¡Qué pedruscos para aplastar moscas! «La verdad medrosa huye á su antigua caverna, amenazada por montañas de casuística amontonadas sobre su cabeza.

La filosofía, que antes no se apoyaba más que en el cielo, se contrae á las causas segundas y desaparece; la religión, sonrojándose, vela su sagrado fuego, y la moralidad insensiblemente expira; la virtud pública, la virtud privada no se atreven ya á proyectar llamas; no hay ya chispa humana; no hay ya relámpago divino. ¡Oh Caos!, tu funesto imperio torna; la luz muere ante tu palabra mortal; tu mano, gran Anarca, deja caer la cortina, y la oscuridad universal sepulta el mundo.» Estruendo final, címbalos, trombones y fuegos artificiales. En cuanto á mí, de esa ópera célebre no saco más que el recuerdo de una algarabía. Involuntariamente, he contado las luminarias, conozco las máquinas, he tocado la laboriosa tramoya de las apariciones y de las alegorías. Dejo á un lado al maquinista, al empresario de efectos literarios, y voy á buscar al poeta en otra parte.

## IV

Porque hay un poeta en Pope, y, para descubrirle, basta leerle á trozos; si el conjunto hastía y choca por lo común, el pormenor es admirable. Así acaece al término de todas las edades literarias. Plinio el Joven y Séneca, tan afectados, tienen detalles deliciosos; cada una de sus frases aisladamente es una obra maestra; una obra maestra es cada verso de Pope aisladamente. En este instante, y después de cien años de cultura, no hay ningún movimiento, ningún objeto, ninguna acción, que no se sepa describir. Se anota cada aspecto de la naturaleza: una salida de sol, un paisaje invertido en el agua, una ráfaga de viento en-

tre las hojas, y así sucesivamente; pídase á Pope que pinte en verso una anguila, una perca ó una trucha; tiene á mano la frase perfecta; sacaría de él materia para llenar un *Gradus*. Tiene un toque tan justo, que desde el primer momento creeríamos ver las cosas; tiene una expresión tan abundante, que hasta una imaginación obtusa acabará por verlas. Pinta el faisán, y nos le muestra con sus lustrosos y cambiantes colores, su cresta de púrpura, sus ojos orillados de escarlata, el verde tan vivo que despliega su brillante plumaje, sus pintadas alas, su pecho donde fulgura el oro. Tiene la más rica provisión de palabras para describir los silfos que revolotean en torno de su heroína, «luminosos escuadrones cuyos aéreos cuchicheos parecen el susurro de los céfiros, y que, abriendo al sol sus alas de insectos, bogan sobre la brisa ó se sumergen en nubes de oro; formas transparentes cuya finura se sustrae á la vista de los mortales, cuerpos fluidos medio disueltos en la luz, vestiduras etéreas que flotan á merced del viento, ligeros tejidos, velos centelleantes, formados de los hilos del rocío, teñidos de las más ricas tintas del cielo, y donde forma la luz los más variados juegos de matices, donde cada rayo proyecta colores pasajeros, colores que cambian á cada movimiento de sus alas». Claro es que no son esos los silfos de Shakespeare; pero, al lado de una rosa natural y viva, todavía puede verse con placer una flor de diamantes, como las que salen de manos del joyero, obra magistral de arte y de paciencia, cuyas facetas reflejan cambiantes luces y proyectan una lluvia de chispas sobre el follaje de filigrana que las sostiene. Veinte veces nos detenemos en un poema de Pope para mirar con asombro alguno de esos adornos literarios. Conoce tanto su talento que abusa de él; se